8.° Ella se servirá de todos los medios para hacerse más agradable á sus ojos; haría todo para agradarle, y más temería el desagradarle que el morir.

9.° Si ella lo ofendiese aun de la manera más ligera, ¡qué inconcebible pesar, qué dolor y qué lágrimas! con qué confusión le pediría perdón! Mas es probable que jamás se encontraría reducida á este extremo.

10.° Si fuera necesario sufrir algo por él, con qué prontitud y amor lo haría, teniéndose dichosa en probarle su amor derramando su angre, y responder así al ardor del suyo.

11.° Estaría perfectamente sumisa á todas sus voluntades, sin olvidar jamás la ternura que él le ha manifestado.

12.° Comparando su estado pasado al presente, se tendrá por muy dichosa y se entregará á los sentimientos de la más viva alegría.

Es necesario reflecionar sobre todos estos sentimientos; y puesto que tenemos aún infinitamente más razón para entregarnos á ellos por Jesu-Cristo, el verdadero y único esposo de nuestras almas, que esa pobre muchacha pudiera tener para con ese rey, debemos esforzarnos por ponerlos en nuestro corazón, aumentarlos, nutrirlos, detenernos en ellos frecuentemente, á fin de que se enciendan para siempre en nosotros. Debemos esperar el obtenerlo, puesto que nuestros espíritus están convencidos, y que este divino esposo no dejará de asistirnos con su gracia, como él lo desea ardientemente.

CAPITULO XII.

Octavo motivo de amor.

Los beneficios de la creación y de la redención.

I. El beneficio de la Creación da derecho á Nuestro Señor sobre nosotros.—II. El de la Redención le da nuevos derechos.—III El nos ha adquirido por un precio infinito.

I. La creación nos impone la obligación de amar á Nuestro Señor, considerándola no solamente como un beneficio por el cual, en su amor infinito, nos ha sacado de la nada en la que podía dejarnos para siempre, y nos ha formado á senejanza suya, en lugar de darnos otra más baja y más vil, sino aun considerándola como un derecho por el cual le pertenecemos enteramente. Una cosa puede pertenecer á su señor por varios títulos, como por sucesión, donación, etc.; pero el mas legítimo es el de producción. La estátua que sale de manos del escultor le pertenece mejor que á cualquier otro, porque él la hizo; y sin embargo él no hizo ni la materia, ni la forma substancial de la estátua, puesto que él no ha hecho el mármol; él le ha dado solamente la figura y algunos otros accidentes. Dios da á las cosas criadas no solamente la figura, sino la substancia misma. Dios, dice San Agustín, penetra y llega por su fuerza hasta el

fondo y grado más íntimo de la esencia de las cosas; por consiguiente le pertenecen enteramente.(1) *La tierra*, dice el profeta real, *está bajo su poder hasta en sus extremidades últimas*; *las montañas son de él, él es el dueño del mar;* y da inmediatamente la razón, *porque él ha hechoel mar, y sus manos han puesto los fundamentos de la tierra.* (2) San Pablo tomó por base esta verdad, en su famoso discurso ante el Areópago de Atneas: *Dios es el Señor del cielo, de la tierra y de todo el universo, porque él los ha creado.* (3)

Por tanto, somos de Dios Nuestro Señor, puesto que nos ha criado y nos ha dado el sér; no solamente nos lo ha dado, sino que nos lo conserva, muy diferente del escultor, que, después de haber hecho su estátua, la deja y no la hace más; él nos ha hecho, y nos hace sin cesar conservándonos el goce del ser que hemos recibido de él. La conservación no es sino una continuación de la primera producción, como lo enseñan los filósofos; la diferencia sólo se apercibe por la delicadeza del espíritu. Además, aun cuando todas las criaturas pertenezcan á Dios Nuestro Señor, nosotros le pertenecemos de una manera especial, por la reserva particular que de ello se ha hecho marcándonos á su imágen. Lo cual ha hecho no solamente para

1 Deus usque ad ipsum rerum fundum, id est, ultimum atque extremum essentiæ gradum suá vi et virtute pertingit. S. Aug., I. Conf., cap. VI.

2 In mamu ejussunt omnes fines terræ, et altitudines montium ipsius sunt, ipsius est mare. Ipse fecit illud, et siccam manus ejus formaverunt. Ps. XCIV, 24.

3 Deus qui fecit mundum et omnia quae in eo sunt hic cœli et terrae cùm sit Dominus. Act. XVII, 24.

realzar nuestra nobleza y nuestra dignidad sobre todas las demás criaturas por este carácter de gloria, sino también para mostrar que él tomaba posesión de nosotros; que hacía de nosotros su herencia propia, como en otro tiempo escogió entre todos los demás pueblos de la tierra, el pueblo de Israel, al cual dice: *Sereis mi pueblo entre todos los pueblos.*(1) De este principio concluyo con el bienaventurado Lorenzo Justiniano, que la razón natural clama que se debe obediencia, honor y amor á aquel de quien se recibió la existencia. (2) San Bernardo va todavía más léjos, y sostiene que los paganos mismos están obligados á amor á Dios con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas, y que si no lo hacen, no tienen excusa, porque la justicia de la cual la razón les da un conocimiento claro, clama en las orejas de su corazón que están obligados á amar con todo su sér á aquel al cual se deben enteramente. (3) Puesto que tenemos todo nuestro ser de Dios Nuestro Señor, y que por su misericordia somos cristianos, es decir, más alumbrados y más deudores á su misericordia que los paganos, rindálo que le debemos

II. Después del beneficio de la creación viene el de la redención, que nos da de una manera toda particular al Hijo de Dios; por esto es que San

1 Eritis mihí in peculium de cunctis populis. Exod. XIX, 5,

2 Clamat innata ratio, ut quisque se illi subjiciat. á quo habet ut sit. S. L. Just., lib. de Obed., cap. V.

3 Inexcusabilis est omnis, etiam infidelis, si non diligit Deum suum in toto corde, totâ animâ totâ virtute suá. Clamet nempe utus et innata et non ignota ratione justitia, qua ex toto seellum diligere debeat, cui se totum debere non ignorat. S. Bern. Tract. de dilig Deo.

Pablo dice á los Corintios: *No os perteneceis, porque habeis sido comprados á un gran precio.* (1) Una cosa pertenece perfectamente á aquél que la ha comprado; le pertenece con más justo título que si se la hubiera encontrado, porque pudieran reclamarla; si la hubiera recibido en regalo, estaría por eso obligado; si la hubiera adquirido por sucesión, nada le hubiera costado; mas cuando la ha comprado y pagado, le pertenece enteramente, sin que alguno tenga en ella derecho. Puesto que Jesu-Cristo nos ha rescatado, somos, por consiguiente, ciertamente de él, y tanto más justo es el título que tiene, cuanto que le hemos costado la vida; este es ese *gran precio* de que habla San Pablo; esto es lo que San Pedro esplica en estos términos: *Habeis sido redimidos no con oro ni plata, ó con cualquiera otra cosa vil y despreciable, sino con la sangre preciosa de Jesu-Cristo, cordero sin mancha.* (2)

III. Para comprender bien cuanto somos de él, es preciso advertir que cuando se trata de una compra, desde el momento en que se da el justo precio de una cosa, se adquiere la posesión de ella; si se paga dos veces su valor, ella pertenece doblemente; si se da cien veces lo que vale, nos pertenece cien veces; en fin, tantas cuantas veces se paga el valor de la cosa, otras tantas se adquiere su posesión. Puesto que Nuestro Señor nos ha rescatado por medio de todos los trabajos de su vida,

1 Non estis vestri, empti enim estis pretio magno. I. Cor, VI, 20.

2 Non corruptibílibus auro vel argento redempti estis, sed pretioso sanguine, quasi agni immaculati, Christi. I. Epist., I 18.

por todos los dolores de su muerte, por todas las gotas de su sangre, la más pequeña de las cuales es infinitamente más preciosa que cuanto podemos valer, por consiguiente, nos ha adquirido para él una infinidad de veces. Esto es lo que hacía decir á San Bernardo: "Si yo me debo todo entero á Dios Nustro Señor por haberme él hecho, ¿qué le deberé ahora por haberme hecho de nuevo, y rehecho de una manera tan admirable? La primera vez me ha dado á mí mismo; la segunda, él se ha dado á mí y por mí, y dándose á mí, me ha vuelto á mí. Habiéndome Nuestro Señor dado á mí por la creación, me ha vuelto á mí mismo por la redención. Por tanto yo me debo á él por mí, yo por consiguiente me debo dos veces todo entero. Ahora ¿qué le daré yo por haberse dado á mí él mismo? Ah! aun cuando me diera yo mil veces, aun cuando me consumiera por su gloria, ¿qué soy yo delante de mi Dios? (1)

"Estoy seriamente obligado, dice en otra parte el mismo Padre, á amar con todo mi corazón á aquel de quien recibí la existencia, la vida y el conocimiento. Oh Jesús, Salvador mío, es verdaderamente digno de muerte aquel que rehusa vivir por vos. (2) Porque, ¿para quién pudiera el

1 Si totum me debeo pro me facto, quid addam jam pro refecto et refecto hoc modo? in primo opere me mihi dedit. in secundo se, et ubi se dedit, me mihi reddidit. Datus ergo et redditus, me pro me debeo, et bis debeo. Quid Deo tribuam pro se? nam etiam si me millies rependere possem, quid sum ego apud Deum? Sn. Bern., Tract. de Dilig. Deo.

2 Valdè mihi omninò amandus est, per quem sum, vivo et sapio. Dignus planè est morte, qui tibi, Domine Jesu! recusat vivere. Sn. Bern., Serm. 20 in Cant.

hombre emplear más justamente todos los momentos de su vida que por aquél, sin cuya muerte no podía aspirar á la vida verdadera? *Jesu-Cristo ha muerto, dice San Pablo, á fin de ser por su muerte el Dios de vivos y muertos.* Por consiguiente, puesto que él es Nuestro Señor, y *que nuestra vida y nuestra muerte*, nuestro cuerpo, nuestra alma, todo cuanto somos y cuanto poseemos *es de él*, debemos emplearlo en servirlo, en honrarlo y amarlo; y si rehusamos hacerlo, estamos obligados á volverle el precio de su sangre. (1) Estos dos títulos de posesión, tomados separadamente y más aún reunidos juntamente, tienen una muy grande fuerza para hacernos amar á Nuestro Señor. Por esto el martir glorioso San Epípodo, para mantenerse firme en el amor de Jesu-Cristo, se lo representaba en medio de los tormentos, que sufría en la persecución de Antonio Vera, y decía en voz alta: Yo creo que Jesu-Cristo con el Padre y el Espíritu Santo es Dios; es justo que yo rinda mi vida á aquél que es mi Creador y mi Redentor. (2) Esto es lo que enardecía también á esa santa virgen que murio de una sensación violenta de amor por Jesu-Cristo; este divino Salvador le había preguntado si lo amaba, y hasta dónde llegaba este amor; la fuerza del golpe que ella experimentó de estas palabras, hizo estallar su corazón, y en él se

1 In hoc Christus mortus est, et resurrexit, ut et mortuorum et vivorum dominetur. Nemo mostrûm sibi vivit, et nemo sibi moritur; sive enim vivimus, Domino vivimus; sive morimur, Domino morimur; sivi ergo vivimus, sive morimur, Domini sumus. Rom. XIV. 7.

2 Christum cum Patre ac Spiritu Sancto Deum esse confiteor; dignumque est ut illi animam meam refundam, qui mihi et creator est et redemptor. In. Actis, apud, Sur., 22 april.

encontraron escritas con letras de oro estas palabras: Yo os amo más que á mí misma, porque me habeis criado, me habeis rescatado y porque me habeis tomado por esposa. (1)

1 Diligo te plus quàm me, quia tu crasti, redemisti et dotasti me. Cap. LXXIV. Speculi exmp., distinct. 9.

CAPITULO XIII.

Noveno motivo de amor.

Somos hechos para nuestro Señor Jesu-cristo.

I. Todas las criaturas son hechas para gloria de Nuestro Señor. II.—El hombre sobre todo.—III. Es necesario que refiramos todo á este fin, en el cual està nuestro reposo.

I. Como Dios Padre ama infinitamente á su Hijo, Nuestro Señor, á quien por esto llama su Hijo muy amado, *el hijo de su amor*, en el cual ha puesto todas sus delicias, (1) por él ha creado el universo, destinando á su servicio y á su gloria todas las criaturas en general y cada una en particular. Esto es lo que enseñan los teólogos (2) después de todos los santos Padres, y lo que el Hijo mismo de Dios, la abiduría encarnada, dice en los Proverbios, según el sentido que San Atanacio, San Gregorio de Nazianzo y otros muchos dan á este texto: *El Señor me ha hecho al principio de sus caminos antes de todas las cosas.* (3) Por vías del

1 Filium dilectionis suæ. Coloss., I. 15. Math. III. 6.
2 Suarez in III p. diap, V sect. 2.
3 Dominus possedit me in initio viarum suarum, antequàm quiequam faceret á principio. Prov. VIII, 22.—Dominus condidit me, principium viarum suarum; in opera ejus. (Trad. Sept.—S. Athan. Sermo. 2. 3 et 4 contra Arianos.—Sn. Greg. Naz. orat. IV de Thoel.

Señor entienden las criaturas, porque las criaturas conducen al conocimiento y al amor del Creador; como si dijera: el Señor me ha hecho la primogénita de las criaturas, no en cuanto al tiempo, sino en cuanto á la dignidad, estableciéndome su cabeza y el fin al cual todas ellas se refieren. Por esto también dice en el Apocalipsis: *Yo soy el principio y el fin:* (1) *el principio*, porque yo doy la existencia á cuanto la tiene en la naturaleza, la gracia y la gloria, como causa primera, causa ejemplar y causa meritoria; *yo soy el fin*, porque todo es hecho por mi honor, de suerte que todo viene de mí, como de su primer principio, y vuelve á mí, como á su fin último: así, todas las líneas del círculo salen del centro á la circunferencia y vuelven al centro. Moysés habla del Verbo al principio del Génesis y de la historia de la creación: *En el principio*, dice él, es decir, como lo explican comunmente los Santos Agustín, Jerónimo, y los demás Padres, *en el Hijo*, *Dios crió el cielo y la tierra*, (2) para mostrar que el designio de Dios era unir un día en una sola persona el principio y el fin, el primero al último, el Verbo al hombre; que todo cuanto hacía por su Hijo en el establecimiento de las criaturas, debía tomar su cumplimiento en este mismo Hijo encarnado, y que todo tenderá á su gloria. "¿Qué plan más sabio y más magnífico, dice Santo Tomás, á fin de elevar las cosas criadas al grado más alto de perfección al cual jamás esperaron llegar? lo primero, es decir, el Verbo de Dios, que es el principio de todo, y lo último, es

1 Ego sum alpha et omega, principium et finis. Apoc., I. 8.
2 In principio, creavit Deus cœlum et terrum. Gen., I. 2.

decir, la naturaleza humana, que ha sido la última criatura criada, han sido unidos para componer el Hombre-Dios, á quien todo se refiere." (1) La santa Escritura llama frecuentemente á este Hombre-Dios el fruto de la tierra: *¡Oh Dios, que los pueblos os alaben, que todos os bendigan, porque la tierra ha dado su fruto*, es decir, Nuestro Señor, dicen los intérpretes. (2) Isaías lo llama *el fruto excelente de la tierra*, (3) porque así como el cuidado que se toma por un arbol, al plantarlo, y al regarlo para que crezca; y como todo el arbol, la raíz, el tronco, las ramas, las hojas y las flores son para el fruto, que es como el fin de ello; así, los ángeles, los hombres, el cielo, los elementos y generalmente todas las criaturas se refieren á Nuestro Señor. *Todas las cosas celestes y terrestres, visibles é invisibles*, dice San Pablo, *son hechas en él*, como causa ejemplar; *por él*, como causa operante, y *para él*, como causa final, porque todas no tienen otro fin que su honor y su servicio. (4) El mismo apóstol repite aún lo mismo en la Carta á los Hebreos: *Dios lo ha constituido heredero de todo*; nada hay que no le pertenezca; *él ha hecho*

1 Quid sapientiùs, quàm quod ad complementum totius universi fieret conjunctio primi et humanæ ultimi hoc est verbi Dei quod est omnium principium et naturæ, quae in operibus sexdierum fuit ultimae omnium creaturarum? S. Thom., Opuse. LX.

2 Confiteantur tibi populi, Deus! confiteantur tibi populi omterra dedit fructum suum. Ps., LXVI. 6. Geneb. ibid.

3 Fructus terrae sublimis. Is. IV, 2.

4 Omnia in ipso condita sunt, universa in coelis et in terra, rrisibilia et invisibilia, slue throni, sine dominatines, sine principatus, sine potestates, omnia per ipsum, et in fpso creata sunt Coloss. I. 16.

todo por él y para él. (1) El docto y piadoso Ruperto le aplica estas palabras de San Pablo, y dice: que Dios se ha portado como un gran rey, que ha hecho construir para su hijo un palacio magnífico, ricamente amueblado y que le ha dado todo cuanto era conveniente á la dignidad de su nacimiento y á la grandeza del afecto paternal que le tiene. Porque Dios Padre ha criado para su hijo, Nuestro Señor, el cielo y la tierra, para hacer de ello como una casa real llena de ángeles, de hombres y de otras criaturas en muy gran número y de una variedad extraordinaria, como otros tantos servidores y oficiales para servirlo y ejecutar sus voluntades." El mismo doctor añade: "No hemos de ser tan ignorantes para creer que Dios no haya tenido el designio de crear al hombre sino hasta después de la caída de los ángeles; es mucho más verdadero decir que el hombre no ha sido criado para los ángeles, sino que los ángeles y todas las criaturas han sido criadas para el hombre Dios, es decir Nuestro Señor; (2) y los sentimientos de respeto y de piedad que debemos tener; deben hacernos creer que Dios ha creado todo para coronar de gloria y colmar de honor á

1 Quen constituit hæredem universorum, propter omnia quem et per quen omnia. Hebr., I. 2; II, 10.

2 Cavendum est, ne ita pueri simus, ut extimemus, Deum, mullum ante ruinam angelorum de homine creando habuise propositum. Rectiùs sané dicitur, qnia non homo propter angelos, imò propter hominem quendam angeli quo que facti sunt sicut et caetera omia, testante apóstolo, propter quem omnia et per quem omnia. Testatur et hoc ipsa sapientia: Dominns possedit me abinitio viarum suarum. Rup. III, de Glorific. Trin. lib. III cup. 20.

este Hombre Dios, su Hijo encarnado." (1) Los Hebreos pensaban mucho tiempo antes de él, según cuenta Galatino, (2) y miraban con una verdad incontestable, que Dios había criado el universo para el Mesías. La razón natural basta para comprender esta verdad, puesto que Aristóteles nos dice; lo que la experiencia nos muestra todos los días, que las plantas son hechas para los animales, los animales para el hombre, en una palabra las cosas menos nobles y las menos perfectas para las más nobles y las más perfectas.

II. Puesto que todas las criaturas han sido hechas para Nuestro Señor, y que nosotros tenemos el primer rango entre ellas, por consiguiente hemos sido hechos para este mismo fin; porque, como dice Ruperto: "Sí, como lo hemos probado, todo ha sido hecho, no solamente por Jesu-Cristo, sino también para él, es por consiguiente muy cierto que el hombre, más que todos las demás criaturas, ha sido criado para él, á fin de servirle y glorificarle; (3) la cosa es evidente. Ahora bien, glorificar y servir á Nuestro Señor es amarlo; porque aquel que lo ama poco, le sirve y lo glorifica poco; aquel que lo ama mucho, lo glorifica y lo sirve mucho; esta es doctrina de Hugo de San Víctor: Hermanos míos, dícenos él, es muy fácil y dulce el mostraros lo que es servir á Dios: ser-

1 Religiosè dicendum reverenterque est audiendum, quia propter hunc hominum gloria et honore coronandum, Deus omnia creavit. Ibid.

2 Lib. VII de Arcan. cap. II et IV.

3 Si enim quod sæpé dictum est semperque sciendum, non solùm par ipsum Cristum Jesum, verum etiam propter ipsum facta est creatura? Rup., lib., IV, de Gl. Tr.

vir a Dios es amarlo; aquel que no lo ama, no lo sirve; aquel que lo ama, lo sirve; aquel que lo ama poco, lo sirve poco; aquel que lo ama mucho, lo sirve mucho; aquel que lo ama perfectamente, lo sirve perfectamente." (1) Es indudable, por tanto que somos criados para amar á Nuestro Señor y que este es nuestro fin.

III. Por consiguiente debemos aplicarnos con todas nuestras fuerzas á avanzar en este amor, puesto que es un trabajo y un fin infinitamente honrosos y gloriosos para nosotros; en ellos están contenidas toda la alegría y felicidad que podemos gustar en esta vida; puesto que es cierto que mientras más sirvamos, honremos y amemos á Jesu-Cristo Nuestro Señor, tendremos más paz y contento. En efecto, según la advertencia de los filósofos y teólogos, el fin encierra en sí el reposo y la felicidad de la cosa de la cual es fin; de suerte que las palabras *fin*, *bien soberano*, *beatitud*, tienen la misma significación. Por tanto, una criatura no puede tener su reposo y verdadera felicidad sino en el gozo del fin para el cual Dios la ha hecho, y ella gozará de él tanto más perfectamente, cuanto esté unida más íntimamente á este fin, fuera del cual no puede encontrar sino turbación y desgracia. Las piedras, de cualquiera naturaleza que sean y en cualquier lugar que se las coloque, los diamantes mismos, sirviendo para adornar la diadema de los reyes, tienen una inclinación á

1 ¡Fratres! brevi sermone atque jucundo comprehenditur et declaratur qnid sit servi e Deo. Deo namque servire, Deum diligere est, et qui non diligit, non servit, et qui deligit, servit, et qui parùm diligit, parùm servit, et qui mnltum diligit, multum servit, et qui perfecte diligit, perfecte servit. Serm. 88.

caer; sólo la violencia puede retenerlas é impedirlas tender hacia su centro. El fuego está en una agitación contínua y tiende necesariamente á lo alto, porque allí está su esfera. Los Persas adoraban el fuego, lo colocaban en un bracero de oro, lo conservaban con leños aromáticos, doblaban las rodillas delante de él, diciéndole: dios poderoso, alimentaos de esta leña que os damos con todo el respeto de que somos capaces. Este fuego, sin embargo, á pesar de todas estas ceremonias y todos estos honores, no dejaba de estar en una agitación contínua y parecía decirles: Todos vuestros honores, todas vuestras adoraciones, vuestro bracero de oro, vuestra leña preciosa no me contentan; una sola cosa puede hacerlo, volvedme á mi elemento, volvedme á colocar en la región que debo habitar; entonces ya no habrá más agitación en mí, estaré inmóvil y en un reposo perfecto. (1)

Todo lo que hemos dicho hasta aquí, prueba que no hay cosa alguna, en cualquier estado que esté, que pueda encontrar el reposo fuera de su fin, mas también que es cierto que en él lo encontrará ella infaliblemente. Hemos visto que nuestro único fin era amar y servir á Dios; que para esto estamos en el mundo; que no podemos estar en él sino para esto, de otro modo se necesitaría que Dios cambiara nuestra naturaleza. Por esta razón también es por la cual San Pablo nos advierte el hacer todo por Dios, y no dejar caer hacia la tierra ninguno de nuestros pensamientos, ninguna de nuestras palabras ni obras: *Referid á la gloria y al amor de Nuestro Señor Jesu--Cristo cuanto di-*

1 Max. Tgr., Serm. 38.

gais y hagais. (1) Advertid aquí que el Apóstol, hablando así, nos da no un consejo, como muchos lo han pensado, sino como lo enseña Santo Tomás, (2) un precepto expreso, al cual Dios nos obliga. "Que nuestra intención se dirija hacia nuestro fin, dice San Agustín; que ella se dirija hacia Jesu-Cristo. ¿Por qué se llama nuestro fin? porque á él es á quien debemos dirigir cuanto hacemos. (3) Jesu Cristo es nuestro fin, dice en otra parte el mismo santo, no el fin que consume, sino el que consuma; porque consumir, es perder; consumar, es acabar. Así, en el primer sentido se dice, cuando el pan es comido, se ha consumido, y en el segundo sentido, un trage ha sido acabado, cuando está terminado. Jesu-Cristo, pues, es nuestro fin, porque todos somos perfeccionados en él y por él; nuestra perfección es llegar á él; y cuando habremos llegado á él, no buscaremos más, porque ahí está nuestro fin. Así como el fin de vuestro camino es el punto adonde vais; tan pronto como habeis llegado á él, no pasais adelante. Así Nuestro Señor es el punto y fin de vuestras empresas, de vuestras intenciones, de vuestros trabajos; desde el momento en que habreis llegado hasta él en esta vida por medio de la gracia y en la otra por la gloria, ya no deseareis nada; porque, ¿qué podreis encontrar de mejor." (4)

1 Omne quodcumque facitis in verbo, aut in opere, omnia in nomini Domini Jesu Christi facite. Coloss. III, 17.

2 In illum locum.

3 Intentio dirigatur in finem, dirigatur in Christum. ¿Quare finis dicitur? quia quidquid agimus, ad illum referimus. Aug. in Ps. XXXIV.

4 Finis est Christus non qui consumat, sed qui consummet. Consumere enim perdere est, consummare perficere. Finitum

Tendamos, por tanto, á este noble fin, puesto que él encierra la paz de nuestro corazón y todos los bienes que esta paz trae consigo. Ah! qué bien empleado estará cuanto tenemos, si de ello nos servimos para amar, honrar y servir á Jesu-Cristo, puesto que no hemos sido creados sino para esto. La flama tiende contínuamente hacia su centro, el grano de arena tiende á él con toda su potencia; ¿por qué no tendemos hacia Aquel para el cual Dios nos ha hecho? ¿por qué nos dispensamos de esta ley nosotros más bien que todas las demás criaturas? Y ciertamente, si faltamos en ello, si nuestos designios y afectos se dirigen hacia otro fin, ¿no fuera mejor ser de la naturaleza de una piedra, ó de cualquier otro objeto insensible y desprovisto de razón? A lo menos haríamos constantemente aquello para lo cual Dios nos ha criado.

enim quidquid dicimus, á fine dicimus, Aliter dicimus: finitus est panis: aliter dicimus: finita est túnica. Finitus est panis qui manducabatur, finita est túnica quoe texebatur. Panis ergo finitus est ut consumeretur, tunica finita est ut perficeretur. Finis ergo propositi nostri Chsistus est, quia in illo perficimur, et ab illo perficimur, et hoec est perfectio nostra ad illum pervenire, sed cùm ad illum perveneris, ultrà non quoeris: finis tuus est. Quomodò enim finis viae tuae locus est quó tendis, quó cùm perveneris, jam mane bis: sic finis studii tui, propositi tui, conatûs tui, intentionis tuae, ille est ad quem pertendis, ad quem cùm perveneris ultra nihil desiderabis, quia meliùs nihil habebis. S. Aug., in Ps. LVI.

CAPITULO XIV.

Motivo décimo de amor.

El mandamiento expreso que Dios nos ha hecho de él.

SECCION PRIMERA.

I. Primer mandamiento, las leyes conducen á los hombres à su fin.—II, Sobre todo la del amor.—II. Diferencia del entendimiento y de la voluntad.—IV. Bienes que procura la unión del alma con Dios.

I. *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu.* (1) Ved aquí el mandamiento que Dios nos ha dado en la ley antigua, y que Nuestro Señor ha ratificado con su propia boca en la nueva, llamándola con razón *el mayor y más grande de los mandamientos.*

Para comprender bien la grandeza de este mandamiento, nos serviremos de las admirables palabras del Doctor angélico disputando contra los gentiles. 1°. Hay en este universo, dice este Padre,

1 Diligis Dominum Deum tuum ex toto corle tuo, et ex totâ animâ tuâ, et ex omnibus viribus tuis, et ex omni mente tua. Deut., VI, 5.—Maximum et primum mandatum. Matth., XXII.